

Remodelar la escuela rural, una tarea urgente

Cualquier análisis que quiera hoy, en España, abordar seriamente la cuestión de la escuela rural, choca con una primera dificultad: no hay una escuela rural, o una situación común a todas ellas. El mundo rural se halla en descomposición, ante el empuje de la sociedad urbana e industrial. Pero la descomposición de la sociedad tradicional no es uniforme: en algunos lugares de España el proceso de penetración de las formas de vida urbana se halla ya extremadamente avanzado en zonas de predominio de la agricultura, hasta el punto que el propio término rural ya no es tal vez el propio para designarlos. En otros, en cambio, las formas de la sociedad tradicional persisten aún en buena medida. Nos hallamos, por tanto, ante un abanico de situaciones que no pueden ser tratadas con una fórmula única, que requieren un análisis específico para cada caso. El respeto y la comprensión de las peculiaridades locales, en términos de situación social específica, es la primera norma que creo que hay que adoptar para tratar al mundo rural sin manipularlo.

Hecha esta primera aclaración, que supone un límite a cualquier generalización apresurada, veamos, de todos modos, algunos rasgos que parecen ser comunes a la situación de la escuela rural. Concretamente, dos: la absoluta falta de control de la población rural sobre su sistema educativo, por una parte; y, por otra, los efectos negativos que la escuela rural ha tenido tanto sobre las personas como sobre las colectividades.

Marina Subirats

Una escuela que no es del pueblo

El término «escuela del pueblo» puede ser acusado no sólo de confuso, sino de favorecer las ambigüedades de un populismo indefinido. Pero, entendámonos: más allá de las confusiones terminológicas, o la escuela es del pueblo, es decir, sirve a los intereses y necesidades de la población, o es «contra» el pueblo, y sirve intereses ajenos a éste, que a menudo son también intereses contrarios.

En España la escuela nunca ha sido del pueblo: las clases populares nunca tuvieron el control de la educación, ni siquiera el de aquellas escuelas que les estaban destinadas. Se podría objetar que estas clases no tienen la cultura suficiente para saber cómo debe organizarse la educación, y qué es lo que debe transmitirse a las generaciones nuevas. En el caso de la escuela rural, basta con examinar sus efectos sociales para comprender que la Administración, a cuyo cargo ha estado tradicionalmente la escuela rural, tampoco se ha preocupado de saber qué es lo que había que transmitir a las nuevas generaciones, qué conocimientos precisaban para subsistir, individual y colectivamente. El que la población haya carecido por completo de capacidad de influencia y de control sobre el sistema educativo se revela, finalmente, como un elemento destructivo para el conjunto de la sociedad, en la medida en que ha acelerado, en muchos casos, la descomposición del mundo rural, y ha generado emigración, emigración planteada en muy malas condiciones.

«La escuela ha ignorado las formas de vida locales, el habla, las costumbres, el tipo de producción, al considerarlos como "no cultura". »

En efecto, la escuela ha contribuido a la destrucción de la sociedad rural, aunque no haya sido la única institución que ha jugado en este proceso. La escuela ha ignorado las formas de vida locales, el habla, las costumbres, el tipo de producción. Más todavía: no sólo ha ignorado estos hechos culturales básicos, sino que los ha negado de forma sistemática, al considerarlos como «no cultura», y, por tanto, ha tratado de borrarlos de los hábitos de la población infantil. De hecho, los conflictos entre padres y maestros que tan frecuentes han sido en las poblaciones rurales reflejan precisamente el enfrentamiento entre dos esquemas culturales contrapuestos, uno de los cuales -aquel que representan los maestros- tiende, históricamente, a imponerse, mientras el otro se halla en proceso de recesión. No se trata tanto de conflictos psicológicos, como suele interpretarse, sino de unos conflictos generados por una oposición, en la que el maestro, sin ser muy consciente de su papel, y creyéndose incluso portador de una misión salvadora, es el agente más directo de una desposesión cultural que ha tenido, en general, resultados muy negativos.

Pero veamos cuáles han sido las consecuencias de este tipo de escolarización pensada y decidida desde fuera de los pueblos, e ignorando totalmente sus necesidades culturales. El hecho más grave ya ni siquiera estriba en que la escuela haya contribuido a la destrucción de una cultura rural atacada desde múltiples frentes: la .sociedad industrial y urbana ha tendido a imponerse en el mundo occidental como la forma característica del presente período histórico, y habría socavado las bases de la sociedad rural aun si la escuela hubiera actuado de otro modo. Lo más grave, al hacer el balance de la acción de la escuela rural, es que ni siquiera haya dado a los jóvenes que a ella acudieron los instrumentos necesarios para que pudieran afrontar en buenas condiciones los cambios sociales, para que éstos se realizasen al mínimo costo para la población rural. En efecto, desde el punto de vista de la colectividad, la ruptura entre pueblo y escuela ha supuesto que ésta no se ha planteado en ningún momento cuáles eran los saberes necesarios para modernizar la agricultura, por ejemplo, o para crear nuevas formas de gestión y de comercialización, o para aprovechar al máximo los diversos recursos naturales de cada zona. No ha servido, por tanto, para una transformación modernizadora de la producción y de las formas de vida. Desde el punto de vista de los individuos, la educación recibida ha sido insuficiente y de baja calidad: negaba el valor de los hábitos y saberes tradicionales transmitidos por la comunidad, pero sin ofrecer un recambio suficiente; destruía las bases de un saber tradicional sin llegar a implantar sólidamente las bases de un saber científico y técnico, o por lo menos las ventajas de una meritocracia que hubiera permitido a los jóvenes emigrar a las ciudades con posibilidades de movilidad ascendente. En lugar de ello, los jóvenes de las zonas rurales se han visto, durante años, obligados a una emigración que los conducía a las ciudades o al extranjero, para hacer pesar sobre ellos las tareas más duras y pero retribuidas.

«La función que ha de asumir la escuela rural es la de procurar a la población los conocimientos que le permitan controlar su entorno.»

La función que ha de asumir la escuela

En el momento actual, en que la crisis económica y la magnitud del paro obligan a replantearse las características de la sociedad en la que vivimos, la consideración del papel de la escuela rural se convierte en una necesidad imperiosa. El recurso a la emigración parece acabado; la situación más deseable, en nuestro país, es probablemente aquella en que la población que hoy habita en zonas rurales pueda seguir en ellas, en lugar de engrosar en las ciudades los grupos de parados sin recursos y sin posibilidad de ningún tipo.

Pero a la vez, la fijación de la población en las zonas rurales no puede hacerse sobre la base de que sigan teniendo un nivel de vida y unas posibilidades inferiores a las del conjunto

de la población. Es decir, para que la población rural pueda mantenerse como tal, ha de disponer de servicios suficientes para no verse obligada a la emigración, y al mismo tiempo para superar unas condiciones de discriminación que continúan manteniéndola entre los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Uno de los servicios principales, en este sentido, es precisamente la institución educativa.

Desde este punto de vista, la política de reapertura de centros rurales que se ha iniciado en algunas zonas -por ejemplo, en bastantes pueblos de Catalunya- es, sin duda, un acierto. Las concentraciones escolares realizadas durante los años setenta no han hecho sino agravar la situación anterior: han tenido un alto coste personal y familiar para los niños, al establecer traslados penosos o separaciones periódicas. Esta es una de las consecuencias más conocidas de la concentración escolar. Pero hay otras aún: en las zonas de Catalunya que he podido estudiar con cierto detalle, he comprobado que la concentración escolar ha constituido un factor de aceleración de la emigración, dado que muchas familias prefieren trasladarse a la ciudad antes que separarse de sus hijos; el alejamiento de los escolares ha impedido, en muchos casos, la transmisión familiar de unos conocimientos técnicos necesarios para el mantenimiento de la actividad agraria o ganadera, de la que la escuela no dice una sola palabra; y, en fin, el cierre de escuelas ha humillado a las gentes de los pueblos, al romper un vínculo -a menudo el único cuando el médico y el cura ya se han ido- que los mantiene unidos, en cierto modo, a la comunidad nacional, que les da un estatuto de ciudadanos, en la medida en que tal término suele implicar un cierto número de derechos. El cierre de la escuela es la demostración palpable de que un pueblo ha dejado de existir para el conjunto del país: no merece ni la presencia de un maestro. El carácter simbólico de este gesto, para poblaciones que se encuentran en proceso de descomposición social, que se reducen, es extraordinariamente fuerte.

Así pues, el balance de las concentraciones escolares -que, como he dicho inicialmente, habría que realizar con todo detalle- parece arrojar un signo negativo, por los pocos estudios que se han hecho sobre ellas. Ahora bien, la reapertura de los centros escolares no puede consistir únicamente en poner de nuevo en funcionamiento unas escuelas que ya funcionaban mal y eran consideradas inadecuadas en el momento de su cierre. O se construye un tipo de escuela rural que pueda contribuir realmente a mejorar el nivel cultural de la población -entendiendo por nivel cultural no el aprendizaje de unos saberes abstractos, sino unos conocimientos que la población necesita para mejorar su propia situación- o la escuela rural, concentrada o no, sigue siendo una institución desprovista de finalidades claras, cuya única razón de existir es la rutina administrativa.

En efecto, la función que ha de asumir la escuela rural es la de procurar a la población aquellos conocimientos que le permiten tener un mayor control sobre su entorno: conocimientos técnicos, conocimientos científicos, conocimientos históricos, pero no en relación a programas que han sido elaborados pensando en la educación de los que llegarán a la Universidad, y que, en cambio, carecen de sentido para el agricultor. No me estoy refiriendo a una «escuela de segunda categoría», por supuesto, sino a un mayor ajuste entre actividad real de la población y aprendizaje cultural. La escuela debe servir, efectivamente, para que la población transmita aquellos saberes que le son realmente útiles; no para transmitir un tipo de conocimientos que convengan de su ignorancia y valga inferior a ciertas capas de la población.

Reconstrucción cultural, reconstrucción organizativa

No es aquí el lugar adecuado para emprender el debate sobre cómo rehacer la escuela rural -o como hacerla-, puesto que su existencia siempre ha estado subordinada a las necesidades de la escuela urbana. Todo ello necesita una reflexión amplia, con participación de muy diversos grupos. Diré únicamente cuál es, a mi modo de ver, el punto básico por el

que habría que empezar tal construcción: hay que rehacer el vínculo existente entre población rural y escuela. Hay que restablecer una situación en la que la población rural pueda, efectivamente, intervenir en la programación, discutir los objetivos a conseguir, opinar sobre los niveles técnicos que la enseñanza debe alcanzar, en función de lo que cada zona necesita saber, para mantenerse en funcionamiento y mejorar su producción y su forma de vida.

Es imposible partir de una fórmula general, de carácter administrativo, como he dicho al principio, y por las razones ya aducidas: la propia heterogeneidad de los ámbitos rurales. Tampoco es posible referirse a una cultura rural ya existente, que sólo habría que desempolvar y utilizar de nuevo: en la mayoría de las zonas de España esta cultura rural ya no es sino un espejismo, sin cohesión interna suficiente para sustentar una educación. Del mismo modo que es negativo tratar de arbitrar fórmulas generales respecto al grado de concentración escolar, o a la distribución de los centros en el espacio; cada zona del país tiene unas características climáticas, geográficas, poblacionales, etc., diferentes, de modo que sólo una centralización ciega puede empeñarse en utilizar una fórmula de homogeneización.

La construcción de una nueva escuela rural exige, por consiguiente, la utilización de los recursos humanos y culturales locales, únicos que permiten precisar las posibilidades y necesidades de cada zona. Hay que poner en marcha el diseño de una organización administrativa distinta, de ámbito intermedio entre la región y el municipio, en la que puedan sobrepasarse las limitaciones de los pequeños municipios y precisarse las necesidades locales en mayor medida que en el ámbito regional.

Un ámbito cultural propio

Esta reorganización administrativa puede ser la base para un cambio cultural, siempre y cuando la manera de emprenderla consista en dejar espacio a las fuerzas locales, en permitir la creación de un ámbito cultural propio, en el que las exigencias y recursos culturales característicos de cada zona puedan ser tomados en cuenta e introducidos en la cultura escolar. Para que la educación sea un instrumento útil a la población hay que crear inicialmente las condiciones para que esta población pueda apropiársela, pueda actuar sobre ella adecuándola a las necesidades reales.

Este planteamiento puede ser difícil de aceptar para los enseñantes, a quienes se ha educado para creer que son portadores de una cultura superior a la de la población rural. Y, sin embargo, los maestros pueden ser- y, según la experiencia de Catalunya, están siendo ya en muchas zonas- los agentes más directos de un cambio en la escuela rural, cambio que va en el sentido indicado de mayor vinculación a una formas de vida específicas. La escuela rural ha sido tan maltratada por la propia Administración que ni siquiera llega a producir en el maestro el mínimo de seguridad en su propio trabajo, en su eficacia. No es un azar el que sea precisamente en la escuela rural donde está surgiendo con mayor fuerza un movimiento de maestros: es también una de las partes más desajustadas de la institución educativa. Pero únicamente tratando de conectar las escuelas con el conjunto del tejido social local parece posible construir actualmente un sistema educativo que transmita un saber real y útil a las nuevas generaciones. Sólo construyendo un sistema de acción educativa basado en la participación de una serie de fuerzas locales -siguiendo el modelo de los distritos escolares, por ejemplo, u otras experiencias de descentralización educativa- parece posible superar el carácter burocrático y a la vez discriminatorio que sigue teniendo hoy la educación en nuestro país. La escuela rural podría ser un excelente banco de prueba para iniciar un cambio.